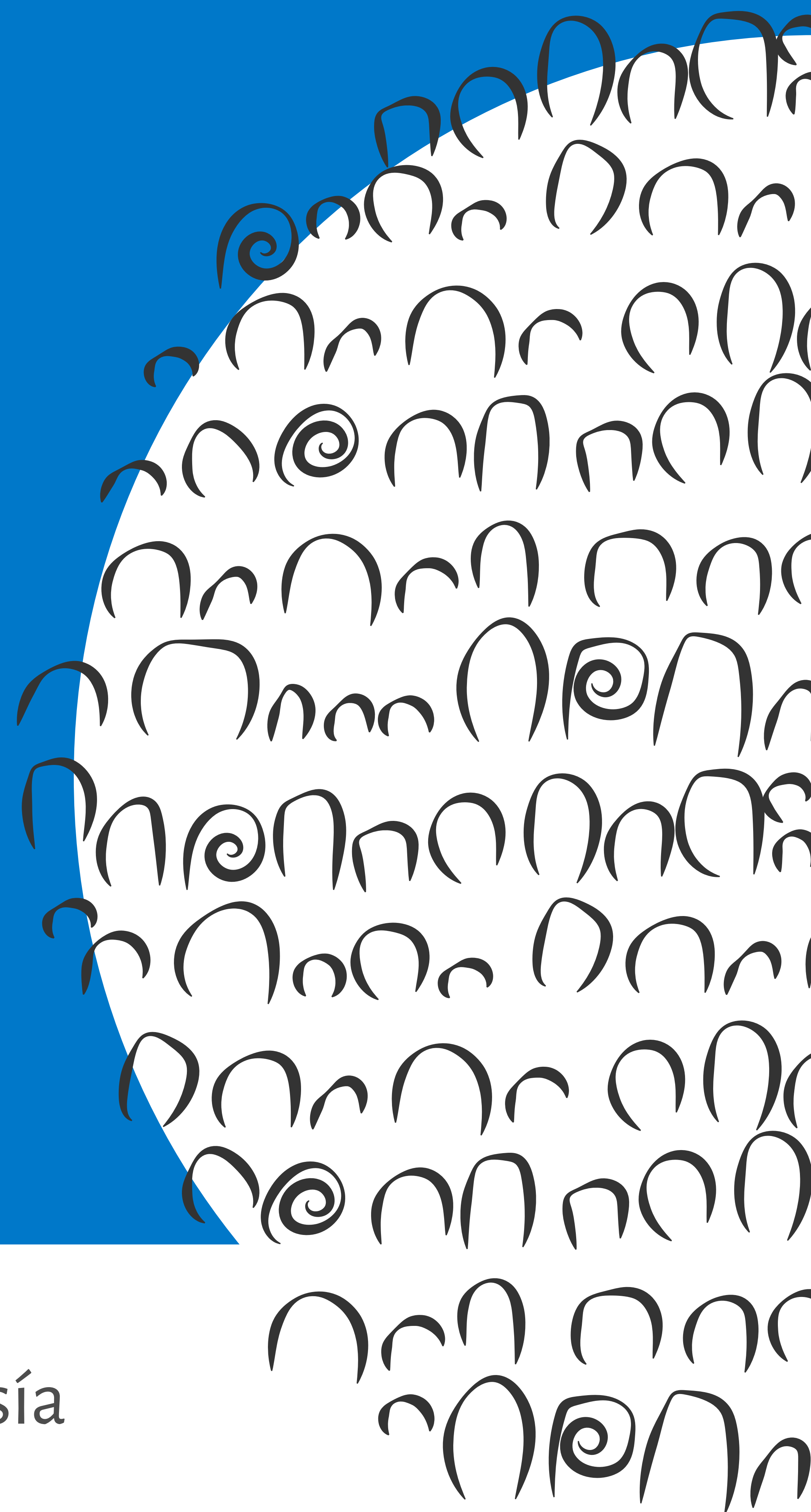


ediciones **peras del olmo**

Poemas para usar

JOSÉ LUIS MENÉNDEZ



Colección de poesía
Uva de niebla

Título: POEMAS PARA USAR

Autor: JOSÉ LUIS MENÉNDEZ | www.alphalibros.com.ar

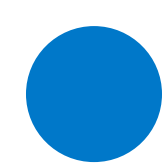
Diseño editorial: DARÍO TORRE | www.dariotorre.myportfolio.com

Ediciones Peras del Olmo | www.facebook.com/proyctoperasdelolmo

Año de edición: 2020

Poemas para usar

JOSÉ LUIS MENÉNDEZ



ediciones **peras del olmo**

Colección de poesía
Uva de niebla

«La poesía no es de quien la escribe sino de quien la necesita»

Antonio Skármeta

*«Mi abuelo, que era anarquista, me decía que
todas las noches leyera un poema,
o que rezara, que era lo mismo»*

Pablo Ramos





Poemas para mirar a una mujer

La boca

Puede dibujar con un lápiz azul
su ondulación sin freno su vasta sugerencia.

Puede ser que diga cosas inesperadas
por ejemplo que los habitantes del desierto
no están hechos de arena
ni los domadores de viento
ni los labriegos de cereal
sino que cada hombre está construido
con aquello que le ha sido negado.
Los solitarios con la herrumbre
de gargantas irreconocibles
los delincuentes extasiados
con el brebaje de las indulgencias
los prisioneros con la piedra
que sus propios incendios despedaza.

Se puede poner frente a otra boca
como si estuviera delante de un espejo
y lograr que toda visión se despedace
o se vaya nublando hasta extinguirse
o se quede rendida pero llena de gracia
entre los nombres olvidados.

Puede ser que grite cuando el bosque duerme
que grite tanto que los animales huyan
hacia nuevos tormentos
y luego se detenga para pensar

que está libre de culpa pero no de llanto
y durante meses sólo beba una lágrima.

Puede ser que cabalgue sobre el filo de las copas
así fueran de ron o de veneno
o del vino que canta en medio de las fiestas
o que dos hombres beben poco antes de matarse.

Puede ser que muerda una manzana
o el gusano que había nacido para perpetuarse
o que hierva dos huevos de perdiz mojados por su aliento.
Es lo mismo, todo tendrá la misma consecuencia.
Siempre será el hueco de los besos mortales.

Las piernas

Cuando el camino se levanta
los caminos son dos.
Uno donde los pasos juegan a conocerlo
como si en vez de tropezar con piedras
o malezas debieran elegir
entre dientes o músculos dormidos.

El otro es un camino vertical
dos columnas unidas en su cumbre
por un delta estrellado
y una fuente que deriva del cielo.

El resto sabe que no puede confiar.
Cuando las piernas se mueven
la torre entera resplandece y cruje
movida por la sangre y el vértigo.

El mar avergonzado recubre sus sirenas
y el espacio naufraga,
se vuelve pura sombra luminosa.

Altevez de las ruedas de polvo.
Creadas para servir,
se hacen tan grandes como lo servido.

Cuando se tienden
entre los tímpanos en extinción
y celebran el roce de alguna piel deseada
se consuma un pacto misterioso
un hechizo que no saben nombrar
hasta que llega
del más hondo silencio
la debida palabra.

El cuello

Aunque luzca morena
su cuello será pálido.
Justo en la línea de los visitantes,
el exacto pudor.

El cuello anuncia el nacimiento
de la desnudez y al mismo tiempo
la ceremonia de la nieve.

Bajo el collar de las insinuaciones
se despierta su hálito carnal
mientras los dientes incendiarios
bajan desde alturas inhóspitas
al encuentro de los veredictos.

Horca nevada.
En su altar agonizan
los viajeros del miedo.

Los senos

Nada más que de blanco.
Y de pequeñas bocas que descubren
la redondez del mundo.


Después serán hallados
(como una piedad de la memoria)
en lugares de ternura y de sueño.

Habitarán por fin dentro del humo
que los hombres exhalan
cuando se quedan ciegos
y lo que fueron ojos
son el fin de una fábula
otra manera de flamear el tiempo.
El cenit de un movimiento salvaje.

¡Ah los hombres! jugando a detenerse
entre la pura inmolación
o una quietud que los acerque.

En una frutal elemental
van a romper con lenta ceremonia
su atadura en los cabos
van a morder y a dibujar un beso
con su arisca semilla.
Van a medir en la penumbra
su entibiado pezón
y a devorar (tal vez obscenamente)
su materia de azúcares y fuego.

Colina de la vida.
Cuando un alma reclame su alimento
volverán a su llameante forma.
Cada soldado anida para siempre
un sueño irreprimible
el mismo de los dioses caníbales
morir del estallido de dos rosas carnales.



Poemas para días nublados

Origen del diluvio

El diluvio comenzó en los Ardenes.
Todavía continúa.
Allí se modelan las figuras humanas
los caminantes mansos y despreocupados
los niños que se obstinan
en seguir naciendo
los viajeros que duermen
sin remos
en aguas espaciosas
los amantes que han echado raíz
en las veredas húmedas.

Hay peces que vuelan como pájaros
convencidos de su salvación.
Los hombres los contemplan
con callada envidia.
Sólo buscan lavarse los males
de una vez y mirar de nuevo
con los ojos limpios.
Y cuidar las cosas que ya fueron
o que pudieron ser
bajo la lluvia lenta y apacible.

Las olas

Como si el horizonte saliera de su línea
y te buscara.
Como un desfile de ballenas
de lomo reluciente
como huesitos de rodrigo de triana
así es que se levantan a su punto de nube
y caen como un orgasmo interminable.
Los pescadores dejan en la orilla
sus redes y su pesca.
Apenas si recogen
un recuerdo de amores anteriores
que los siglos devuelven
como conchillas de caracol.
Así es que se confunden y regresan al mar
para ganar los peces con su vida.

Las horas de la tarde

Tiene razón Luciano.
A veces la *tarde no sabe que es la tarde*
y se viste con pieles diferentes
nos engaña
nos hace pensar que ya se fue
y entonces
todo lo que vemos es un toro al acecho
un largo viento negro
que afila sus pezuñas
sobre los párpados cansados.

Y otra veces no
otras veces nos inunda los ojos
con una luz inmóvil y redonda
que parece dejada para siempre.

Las horas de la tarde se dilatan
y suelen llegar lentas
silenciosas
como si fueran un cielo detenido
en medio de la siesta
un vino que se pierde
sin cruzar las gargantas.

Tardes indecisas y calmas
que no son de la noche
ni del amanecer
y se arrastran como un molusco gris
que ha salido del mar
y en la tierra es apenas
una gota efímera y salada.

Tardes con un vientre
de océano pulposo
que de pronto se llena de niños
y de tormentas
o se mira en el ojo de una luna perdida.

Opacas nubes de un rocío
cuyo rastro persiguen
entre mantos de pesada hojarasca
o sino huella que liberan los pájaros
cada vez que cantan y se reproducen.

Se suelen mecer sobre unos tallos
iguales a tentáculos
que una vez revelan todo lo que tocan
y otra vez se ocultan
como si ellos mismos fueran el misterio.

Así transcurren
inciertas y engañosas
como flores carnívoras.

Poema para una casa que se agranda



Verlos partir

Verlos partir
buscando el sitio que una vez soñaron.
Una página abierta, donde los días
descubran el camino de los cuentos felices.
O dibujen la gracia de una flor distinta.

Verlos partir así
con sus espaldas montañosas
después de haber bebido, mujer
-madre de ellos y mía, en noches infinitas-
tu leche con azúcar
después de habernos caminado sobre el pecho
de hacer con nuestras manos sus primeras letras
de formar una nota redonda con dos blancas
una corchea con ocho semifusas
de quebrar sus dientes contra el agua
que guardaban los ángeles de piedra.

Verlos partir ahora
que saben que los dientes rotos
no vuelven a crecer.
Ahora que se paran, desafiantes y audaces,
frente al mismo viento
que una vez naciera de nuestros ojos.

Es la vida, mujer.
Ahora ellos toman el cielo con sus manos
y miran los días
como un hecho que está por suceder,

una materia distinta de los días pasados.
Y miran las rosas como una almohada
que da vueltas en la inmensidad de la noche.
Y sienten los besos como un antes
y un después del habla,
una manera de hacerla innecesaria.
Y miran la vida como un cuerpo todavía sagrado
que ellos deben sostener
con la quietud y el golpe de sus alas.
Y miran a los animales como si fueran gatos
y a los gatos como lo que son,
habitantes de una luna plana,
dueños de un brillo inmensamente grande
porque no es propio (que les llega, tal vez,
de otras divinidades, muy antiguas y muertas,
que se lo entregan para eternizarse).
Y miran los espejos por el lado de atrás,
donde están los insectos,
las manchas de humedad,
la ceniza de las hojas quemadas
y sobre todo la intensidad de los años,
que alimenta sus olas y sus mástiles.

Verlos partir ahora que navegan
mirando sus propias manos extendidas
en la vastedad de un horizonte azul.
Ahora que no saben del oleaje del odio.

Verlos partir cuando se acuestan
y se duermen de pie
porque los días y las noches les abren el deseo
de acunarse en paz con los misterios.

Verlos partir ahora es verlos sin ninguna distancia,
una variación del consuelo
que ya no guarda sensatez,
como si uno de pronto encegueciera
pero siguiese mirando con los ojos de ellos
y todo se volviese una insana alegría,
algo inalcanzable que se puede tocar,
un planeta escondido en una copa de agua.

Así que ayúdame mujer, madre infinita.
Acércame tus párpados, esos que guardan fotos
y nubes incendiadas. Tú y yo, solos, mujer,
en estas horas de quietud,
estas horas de cosecha sagrada.

Y en silencio, mujer. En labios que no dejen
de beber los adioses. En vapores en uvas
en crepúsculo. Sólo verlos partir...

Poemas para encender el fuego



Hijo de Baco

«Levanto el vaso e invito a la luna»

Li Po

He llegado al umbral de los milagros
y he seguido naciendo.
Me aguardaba la noche milenaria
con su vino sediento.

Me vistieron sus tibias nevaduras
su beso inagotable.
Y en la cuerda de amores y agonías
siempre supe cantarle.

De todo he sido en sus huellas.
De todo piel y testigo.
Quienes sirven la luz de las promesas
se beben los olvidos.

Puedo decir que vuelo entre las llamas
puedo decir que sigo.
Viendo las manos de la gente buena
sombreando los caminos.

Me duele a veces la fuga de las copas
me duele la ironía.
Cuando la voz de los encantamientos
se apaga con el día.

Jornaleros del cielo y de la tierra
jornaleros amigos.
¡No perdamos el jugo de los sueños!
¡Custodiemos el vino!

Fila de copas y mujer

Vino para triturar con dientes de granos de maíz
vino para la multiplicación de los panes
vino para el oficio de la santa misa
vino para los pecadores incorregibles
vino para las fiestas anunciadas
vino para el momento de morir
vino para pensar
vino para luego
vino para nadie
vino para las heridas de guerra
pero sobre todo vino para vos
para que mojes tus enaguas blancas
para que caiga sobre tu vientre
como caen la luna y los estambres
sobre los miedos de la noche
para que muera ahogada toda lágrima
y tu lengua sólo entibie caminos
con mis flores de alcohol.

Los relámpagos ebrios

Ah, desbordada noche de relámpagos ebrios.
Bebamos ya las últimas burbujas
y ese fuego que corre detrás de las ventanas.

Destellos de cristal
y otra vez el trago del insomnio
sobre el cielo de tu vientre duro.

Y más debajo de tu vientre algas.
Algas, algas.
Algas carnívoras.
Frutos del mar vencidos por la sal de las lenguas
y la bebida espesa que duerme entre los dedos.



Poemas para confesiones de amor

Declaración de amor a una serpiente

He declarado mi amor a una bella serpiente
y ella me dio todo lo suyo,
su longitud amaestrada para el abrazo de los cuerpos
y su lento veneno.

Los dos brotamos generosos.
Ella con su impulso feroz y sus ardientes cascabeles
y yo con mi ansiedad
y mi navaja limpia.

Ahora estamos en paz.

La flecha

Va la flecha salida
del carcaj de la noche.

Hace blanco en tus alas
pero es mía la sangre
que comienza a correr
la que te inunda.

Este viaje de amarnos
ya no tiene regreso.

Cabo Frío

Ni un pequeño cangrejo
surcando las arenas
no otros ojos voraces
salidos de la playa.

Ni una sola palmera
cortando la mañana.

Nada más que tu forma
derivada del mar.
Tu rostro de café
saliendo a relucir
de las arenas blancas.



Poemas para explicar mitos

El gato negro

¿Desde dónde vienen los enviados del diablo,
los gatos fantasmales?
¿Desde qué grietas insondables,
desde qué pechos consternados?
¿Desde dónde se acercan,
recelosos,
para fingir la calma
con sus uñas lamidas?

Como gusanos de la noche vienen.
Como brujas oscuras
que se visten de gato.
Y sus pasos nos miran
nos turban nos seducen
nos excavan el hígado
nos devoran el gusto y la palabra.
Y nos venden relojes sin arena
desenfreno sin culpa
libertades sin lucha.

Y aunque los amurallen
o los cuelguen de una rama
o les saquen los ojos y los quemem
ellos vuelven en medio de las horas
como rayos en las tormentas
como violadores del mundo
como traficantes del vicio
como vaciadores de cerebros
para maullarnos y burlarse
mientras hacen el amor
y se multiplican
con el pan lechoso que les damos.

Superman

Hay hombres para temer: son los que se paran encima de los versos y se limpian la mugre de sus botas y después se comen las mayúsculas y las minúsculas y atesoran los verbos bajo llave de modo que uno se queda sin escribir y otros se quedan sin leer y otros sin abrir la puerta y todos mirando por el ojo de la cerradura mirando desde lejos: desde esa distancia que no deja ver ni un punto ni una coma de los pasos que bailan.

Hay hombres para admirar: son los que hacen lo que nosotros no podemos: los que gastan por nuestra cuenta los que detienen a los aviones y saludan vestidos desvestidos de mujer linda con los pechos volando por las tapas de las revistas diciendo sin pudores de qué modo nos quieren.

Hay hombres para conquistar: son los que tienen el poder de conocernos como nuestros padres de sentarse donde se pierden nuestros pensamientos los que tienen noticias de primera mano sobre el ojo de las cerraduras los que pueden mirar hacia el costado cuando amamos a la mujer del prójimo cada noche que sudamos el hábito.

Hay hombres que miran como Superman detrás de las paredes que han dejado la cola en las estrellas que incendian palomitas que funden los micrófonos que orinan en público que se tumban o vuelan o se hacen invisibles cuando llegan las moscas cuando una sola mosca les arruga la cara.

Y estamos los otros que al andar caminamos que al comer
mordemos que al beber tragamos que nos vemos cuando no
hay nadie que nos sumamos de dos en dos de tres en tres
que hacemos sombra y coro y llenamos los micros y los
campos y las plazas cuando todos los superhombres duermen
y aunque estemos no sé cómo de paso aunque estemos nomás
como no estando.

Poemas para ver al diablo





«Iremos a la hoguera con los grandes herejes»

Paco Urondo

Pecado original

Había que mostrar un poder
más grande que la muerte
situar en el espacio una grandeza
que hablara en nombre de un imperio
de un rey cuya palabra
no pudiera escucharse de otro modo
que volviéndose piedra
flagelación diluvio.
Así nacieron las estatuas blancas
los jardines colgantes las pirámides
los santos evangelios...

Ahora aquello es superfluo.
Las palabras se manifiestan como palabras
como leyes mundiales
como lluvia de bombas disuasivas.

El nuevo pecado original
es la deuda con que nacen los hombres
sus reflejos guardados
entre las uñas y el desprecio.
El apuro que tienen las cosas para envejecer
ese vaho que sube de los bosques
con sus ladridos de metal
y sus pájaros muertos
la incompreensión y no el asombro
ni el desolado amor
con que se miran las ruinas invencibles.

Castigo sin juicio

El Diablo supremo que se llama Satán
yace en una fosa de la tierra
consume eternidades
no sabe si está en la soledad
o está en la muerte.

Hasta ayer era un ángel perfecto
que moraba en los campos de Dios
luego fue castigado. Ahora
está poseído por un dolor completo
bebe las piedras salitrosas
las recoge con sus manos deshechas.
¿Qué habrá querido el Diablo diferente
del supremo Creador?
¿Qué habrá querido para el hombre
que causara el estallido de Dios
su impiedad sin órbita
su castigo terrible?
¿Acaso que no hubiera norte
ni hubiera sur
que el sol naciera en el oeste
que los hombres no buscasen su propio camino
que la libertad no fuese una conquista incierta?

Nadie lo conoce, debió tratarse
de un proyecto imposible.

Sin embargo no se dio por vencido
fue cerrando sus puños

sus ojos volvieron a mirar
aunque fuese una llaga
después de la tiniebla.
Y se miró con otros derrotados
que lo siguieron en su lucha
en su expulsión
en el castigo inabarcable.

A ellos les habló y ellos le hablaron
sin menguar su orgullo
sin agobiarse de resentimiento.
Lo hicieron con un brillo
que los iluminaba
en la cerrazón de la noche
lo hicieron con lo bravío del alma
con la sangre que sueltan
los ángeles caídos
lo hicieron a luchar o morir
con lo que aún batiese entre sus manos
el sopor y el azufre
el humo y la tormenta
lo hicieron con el vaho de la destrucción
con la carne salada que cegaba sus ojos

lo hicieron porque sí
porque se amaban en cualquier condición
y podían sostener una esencia
una ley compartida
un color que brotase
donde todos parecían extinguidos

constituían lo que no podía ser
alimentarse sin frutos
volar sin alas
traducir sin palabras
habitar sin espacio
reproducirse sin miedo

todo lo que no podía ser
y sin embargo era.

Alarma entre los ángeles

A Luis Alberto Spinetta

Los que piden limosnas
y reconocen la prisa de los comulgantes
los analfabetos
los que duermen debajo de los puentes
los que abordaron los aviones
cuyo destino era estrellarse
con las torres gemelas de Nueva York
los soldados que marchan a morir
por causas que les son extrañas
los que solamente comen en las calles un bocado indigno
o un guiso de lentejas en los tablonés de beneficencia
los que nacen para cuidar
el ocio de los perros
(o ni siquiera llegan a nacer)
las madres que no pueden amamantar a sus hijos
los que pasan como si no existieran
los que buscan trabajo donde los brazos cuelgan
de las puertas como bastones sucios
los que siempre se quedan en silencio
los insanos, los perdidos, los que sufren tristes agonías
los que no se pueden ayudar a sí mismos
los privados de toda esperanza...

-Son iguales a mí -razona el Diablo-.
-La omnipotencia no los considera
sólo viene a decirles que mañana
que aguarden cuatrocientos años
que se alejen del único que no los engaña.

A veces emiten un quejido una protesta
a veces tienen una reacción de dignidad.

Son una muchedumbre que prepara su fuerza.

Poemas para no estar solos



El ciervo

Se desplaza la tierra
y fallas los disparos al ciervo fugitivo
el único que tiene siete cuernos.

Su belleza es maldita.
Borra las huellas que desandas
con la paciencia de quienes cruzan
sobre un campo minado.

Las borra y te confundes
como un barco sin olas
una madera que ahora
desconoce su cortada raíz.

No te valgas de tu memoria prodigiosa
ni del fuego tupido de las flores
que preparan su alud en la tiniebla.
Tampoco lo intentes
con las minas que habitan en tu corazón.
Al fin todas estallan.

Pájaros interminables

«Cuando hay una necesidad nace un derecho»

Evita

Hoy es el día de la necesidad.
Porque hay golpes que nunca dejan de caer
y muerden como truenos que azotan lo más ancho del mundo.
Sueltan lluvias de fuego sobre manos incrédulas
que ruedan a la sombra de la falsa justicia

Con su paso desmoronan la tierra y construyen desiertos
donde había espacios de hierba generosa y pájaros
interminables que no cesaban de cantar
porque no conocían la frialdad de las noches.
Desiertos arenosos donde un grano más otro
eran los ojos que sabían mirarse. Y que nunca
negaron lo que vieron cuando vieron el mar.

Hoy es el día de la necesidad.
Hasta los hombres buenos se guarecen
bajo dinteles de resignación
y muerden el polvo de las primaveras
mientras llovizna el hambre
para las bocas que se ponen viejas
al día siguiente de nacer.
Genitales secos y crespones hundidos en los úteros
donde antes flameaban bendiciones
y se avistaban nubes de ternura celeste.

Son los instantes de la necesidad
pero no de versos distraídos que siempre ruedan
por las mismas calles y sólo pintan sobre lo pintado
sobre los días donde la luz se ha vuelto
una guarida del cansancio y se pierde la miel
como se pierde el canto de los vanidosos.

Tal vez el instante de una mudez que grite
sobre los tímpanos solemnes. De casa en casa.
Envuelta entre banderas que puedan destellar
como una vez lo hicieron...igual que lunas ávidas.

Hoy es el día de la necesidad
el día de todos los derechos.

Cabecitas negras

Así como una gracia suspendida
una historia de olvidos un látigo en el aire
una respuesta que no tiene preguntas
una fuente sin agua
una soledad que se abre -ya exangüe
y sin aliento-
sobre unos panes agrios...
Así estos hombres desgajados
de la historia y el tiempo
puestos en la casa de la oscuridad.

Ellos fueron la piedra de las grandes murallas
el abanico de los faraones
el remo de los barcos
la rienda corta de los caballos
el escudo de las infanterías
el cuerpo tendido a los castigos
que otras manos traían del cielo de los héroes.
La sangre que tiraba los carros de la gloria.

Todo lo hicieron para nada
cada batalla era un salto sin red
un grito sin derecho
una siembra de cuerpos mutilados
en la pausa de campos apacibles
-donde se abrían arrabales de paz
y brotaban amores de mujer y de lluvia.

Por abajo de las horas de luz
de los abrazos y las comuniones
de los espinos que sabían cantar
se alzó el redoble de las cacerías
la palabra de poderes eternos.

¡Tanta furia impiadosa!
Un cimiento de sangre
para la torre de los vencedores:
los tigres cebados de la guerra
los mercaderes que saqueaban
el oro de los templos
los comulgantes de una ley abstracta
que castiga la necesidad con la fiereza
de la espada y el dolor del insulto.
Apenas si consuman el plan de la codicia:
Pagar las cuentas del derroche
de los delirios de la vanidad
de la más torpe egolatría
con la miseria de los condenados.

Así que unos hombres lo perdieron todo.
La tierra de sus padres con su tímida sombra
los remolinos de maíz
las hileras de la vida en calma
la frescura de un pañuelo mojado
las miradas adultas que medían
el juego de los niños
sobre un mapa de miel.

Perdieron de a pedazos la palabra justa
y el verbo cayendo hacia las cosas
con la humedad de las primeras lenguas.
La sustancia de lo humano más puro
el aroma natural y crujiente
de los pasos que fundan los caminos
de las manos que recortan el pan
de la frente con rayas de vejez
sobre la pala roja de la siembra
de la roca solemne que amparaba los pechos.

Y los hombres oscuros se quedaron
a la sombra del sol
sobre un mar de arena congelada
envejeciendo en los torreones de la tempestad.
Tuvieron que nacer como soldados nuevos
como estatuas que se desprenden
de sus caballos agrietados y su carrera inmóvil
como nubes que ahondan en su propia materia
y hallan pulpa de razón y de hueso
en una montaña de perdiciones.
Que saben maldecir al revés
cuando buscan sus lugares benditos.
Que animan sus músculos antiguos
con el jadeo de un ser desconocido.

Ellos hicieron todas las casas del mundo
su perfecta raíz su vaina de cemento
sus cúpulas que giran entre andamios azules.
Allí sus brazos parpadean sin fin
y dan saludos sin destino

como las estrellas de un malabarista ciego.
Allí mastican una rama de coca
o sorben unos mates cebados por el viento.
Allí la vida de pedales y arena.
O si no entre saludos de sudor y de vino
de una página en blanco
de las biografías golpeadas por un mismo sonido
que acampa entre centurias tristes
los abusos del hacha en la madera.

Limpiaron la basura de todas las veredas del mundo
con azadones de sopor con sacrificio desmedido.
Anduvieron junto a los carros, los camiones,
los grises volquetes llenos de fuego en extinción
y de plegarias consumidas.

Ellos alzaron su virtud y sus cartas
frente al espejo de los sacrificios
y el presagio de un camino marcado.
Inundaron la grieta de las privaciones
con su canto de nada su fatiga de número
su transcurso sin nombre ni genealogía.
Se cargaron por eso su pasado infinito
y volvieron al mundo de los primeros dioses.

Con ellos se defienden de la traición.
De los inviernos que navegan como un barco si proa
del pacto desigual que se derrumba
sobre los ángeles vencidos
los puestos de rodillas
los que se agolpan solos

frente a la burla de las ceremonias
cuando llegan los hombres de barrigas alegres
y en la noche resuena la fiesta de los príncipes.

Pero los días tienen una fuerza extraña
un instante de resurrección
donde las manos muelen su dura persistencia
su hueco de calor su amanecer inagotable.
Los hombres se resguardan en su vieja matriz
sus andanzas en el centro del cielo
y ya no sienten el desprecio por su color
ni el paso atrás de las derrotas
ni los castigos por el nombre perdido.
Se constituyen como un grano de sal
como un manto de lluvia una raíz
como un trueno que son todos los truenos
y se vuelve uno solo uno mismo
un dios nacido de mujer
un ser anónimo y plural que se repite
y son todos los hombres de la tierra
las hormigas de la eternidad.

A menudo visitan
a las viejas costureras del barrio
y les tiran arrullos de paloma
para el vestido de sus novias.
Más tarde cada uno pujará la belleza
que navega sin edad y sin rumbo
los mares de la vida. Y caerán sus promesas
sobre un vientre bendito.

Son partes de un milagro
que les devuelve un mundo y una causa.
Han cambiado su nombre
por un sueño que no se desmorona.
Un color que supo su verdad
y vuelve con el mástil de una sola bandera.

Arboles de carbón
ramajes de madera seca
hojas marrones del otoño.
Conocen como nadie los secretos del fuego.

Poemas para momentos de melancolía



Volver

(Conversando con Georges Perec)

No era malo tu juego de atizar la penumbra
los recuerdos la pequeña ceniza trashumante
las preguntas que izaban en la noche
su materia obstinada.

Ni es malo que volvamos
a la madera dulce de tus naves
que miremos si hay voces deshaciendo
los nuevos laberintos
si el mundo y los amores
se siguen deletreando de la misma manera.

Se puede cada día buscar a quienes danzan
prendidos a tu asombro:
los caballos cansados los faroles
las manos que recubren los manteles de paño.
Y quitar el polvo de la cucharas
(las más viejas, las de caldos espesos)
para que nos digan de sus dobleces
de cuántas manos sucias inocentes
de cuánta boca sin azúcar
de cuánta mordedura solitaria.
Y tomar con ellas los únicos sorbos
que se pueden gustar que lo merecen.

Volveremos a poner entonces los ojos en silencio
a trepar a los plátanos

a sentir la frescura de la ropa mojada.
Veremos si renacen los espacios profundos
pisaremos las uvas del vino ya bebido
seremos otra vez los padres de nuestros padres
y nada fugará de las historias
ni los viejos soldaditos de plomo
ni el aceite de hígado de bacalao
ni las peleas de prada con gatica
ni los cuadernos de perón cumple
ni los feriados de carnaval
ni las bombas cayendo sobre la plaza de mayo
el 16 de junio del cincuenta y cinco
ni la revolución libertadora
ni la pintada que una vez hicimos
en el colegio de la misericordia
(escribiendo consignas espantosas)
ni los licuados de banana con leche
ni las coplas del payador perseguido
ni los funerales de papá grande
ni los años de fuego
ni el ondear de los pañuelos blancos
ni las lluvias batiendo como siempre
la muerte y los jazmines.

Ya lo ves, amigo, casi nada.
Apenas una cuenta de ayeres
que baila entre los dedos.
Fueguitos que de a poco mueren.
Y sin embargo
en cada medio mundo, casi todo.

No era fácil hablarle en Navidad

No era fácil hablarle en Navidad.
Ella miraba para atrás
y todo se volvía un largo encantamiento.

Entonces si hablaba del brillo de las frutas
era un monte poblado de fantasmas
y si decía nubes
era un aire de ausencias
el aroma del pan
con un suave dulzor de salsa de hongos.
y si decía la siesta
era la sombra de un verano ardiente
cuando su abuela le contaba
las andanzas del agua
y la buscaban juntas
haciendo barquitos de papel.
Y si entonces le brotaba una lágrima
te decía no es nada
es por el polvo de los paraísos.

En ese punto,
lo mejor que uno podía hacer
era callarse.
O salir al patio
-a un patio de treinta y tantos años-
a rogar por la lluvia.

Ella y él

Ella pensaba que toda desnudez era obscena
y él pensaba que no
ella caminaba mirando de reojo
si las vidrieras enseñaban
con debida justicia
el vigor de sus pechos.
Él pensaba que no era necesario
que la mujer apenas insinuaba
con ojos inocentes
una promesa de perversión.
Ella venía casi siempre tarde.
El hombre la esperaba leyendo
novelas naturalistas del siglo 19
o relatos de ciencia ficción.

Las esperas dejaban
el comienzo de un poema
que nunca habría de terminarse
apenas si nombraban
como estandartes de pelea
una camisa henchida
y dos piernas que pisaban el mundo.



Poemas para espesar los años

Era verde tu sombra

Estabas junto a mí, poblada de veranos.
Nada más que jazmines te brotaban del pelo,
y era verde tu sombra.

Un temblor de palomas llegaba con el aire.

La tarde, fragorosa, cayó sobre sí misma:
los colmillos volvieron otra vez a la tierra
y un torrente salobre navegó entre los cuerpos.

Después solo recuerdo navegar en tus brazos
-galeote malherido-
y vagar por tus olas como un barco de fuego.

En el azufre denso quedaron mis oídos
-sus memorias marinas, su espesura de redes-
tu corazón de incendios apagados.

Y yo que pensaba que el amor era aquello

Para Leticia, la luz oculta de los poemas

Y yo que pensaba que el amor era aquello:
la ingravidez de los días
el primer tormento de las manos
cierta embriaguez de ceibos y de azúcar,
una traza de dientes cortados por el agua.

Tuvieron que caerse los años
y fundirse las copas
y abrigar por las noches tu misma sed
tu mismo insomnio tu caricia dormida
para salir callado del error
para entender al fin que los milagros
tienen su lenta gestación de soles
su variedad de rastros su cromosoma ardido.

Lo que una vez pensamos
como la coronación de un sueño
no era más que la primer palabra
del murmullo del mundo
las horas esparcidas con el ojo
y la pasión del águila frente a las tormentas
y esa voz espesa con que caen
sobre la flora inmóvil
las lluvias del estío.

Recién ahora que lo andado
toma forma de pan o de memoria
ahora que los dos volvemos
del agua y de la arena que bebimos juntos
ahora que no acaba la fusión de los cuerpos
y no sabemos con certeza
quien es el hombre y quien es la mujer
ahora que olvidamos el muro
y la ceguera de los miedos antiguos
ahora que podemos hablarnos en silencio
y tu rostro y el mío se miran y florecen
ahora es que llegamos al amor:
esa trama que hacemos como dos inmortales
ese rocío de ayeres sobre la tierra seca
ese verdor de noche
de cuna de batalla
que le da luz al cielo y a la sombra.

Haiku

Siempre las mieles
del amor en tu boca
pero quiero más

Poemas para soltar amarras



Definición de la utopía

No pienso en la quimera pura
en los poderes inextinguibles
en la vieja salvación de las momias
en tantas viejas cruces
clavadas para siempre.

No pienso en el follaje
de los árboles secos
ni en la bondad del amo
ni en la promesa de quienes se burlan
de sus propias leyes.

Pero sí pienso
en la suave maduración del fruto
en los encantos de un lugar que no existe
en las bocas ingenuas
que humedecen la luz.

Oh! sabia coloración de la tierra
en la que yace
la majestad del surco y el sonido
los llamados del mar
lo que asoma detrás de las montañas
y lo que viene tuyo
pequeño jardinero
que recién has nacido
y ya fatigas
en tus panes de hierba
los poemas de otro tiempo.

La revolución es una llama verde

Edades del sopor:
entonces una sombra de pasto asoma su delirio
bajo la rigidez de cuevas y pisadas sin tiempo.
¿Quién recuerda su nombre?
¿Quién advierte, en esa yema vacilante,
todavía sin un destello de verdor, que vendrán otros días?
¿Quién la observa, como si fuera ya un tallo caliente,
en la vejez del agua,
en la huella que dejan las vastas muchedumbres?

Se la ve, sin embargo, luego de roces infinitos,
luego de la desolación y la escarcha,
se la ve cuando envuelve las paredes rugosas,
cuando discute, aún con la tibieza
de un musgo mínimo, el destino de los epitafios.

Brotes inciertos callados quebradizos:
aparentan morir cuando intuyen la primera mirada.
Pero luego estallan, hacen suya la verdad
y el juicio de los incendios más devoradores,
y crecen, como lenguas del fin del mundo,
sobre los campos y los corazones de piedra.

Ciertos días parece que no hay manos
que dejen su palabra en la quietud de los páramos.
Parece que no ardieran los ojos,
como si fueran las puertas de un amor
en praderas que la noche calienta con espinas fugaces.
Sólo vemos el rostro de una vaga ceniza,

atravesando, con vuelo de ángeles o de leyenda,
los espacios del horror y la muerte.

Entonces el tiempo nos acoda en el fango,
nos arrastra -como si fuéramos parte de un diluvio inmutable-
a honduras de silencio. Y apenas si pervive un latido callado,
un aroma de surco y lejanía, unos huesos que ocultan,
entre los ayes de un dolor, jazmines invisibles.

Pero no hay quienes digan la última palabra.
Siempre queda, al menos, el eco de un adiós,
la figura de un héroe que sigue destellando
su mirada verde, su cintura de lunas y fogatas.

Por eso alzamos, en cada incierta víspera,
nuestro cuerpo de viento. Y soplamos,
sin pausa, sobre la dulce chispa cegadora.

Nosotros mismos nos hacemos un rescoldo de luz.

Poemas para vivir la muerte



Trémolo de cenizas

A Mercedes Sosa, in memoriam

Este mediodía
con su carga de luces
y la espesura de tanto adiós
y el salto fatigoso de los primeros peces
ya sabe de tu viaje.

Pronto veremos tu dulce paladar
como una mariposa de cenizas
y tu nombre -ansioso
de perderse en la intimidad de las cosas-
corriendo alborozado
por los huecos del aire.

El viento irá callando
sus antiguos puñales
y los pondrá quietos -con
la mansedumbre de una garganta muda-
en tu vaina de sombras
en la densa vigilia
que inventaron tus grillos.

El tajamar prepara mientras tanto
su carrera de piedras.
Y enseguida -con el tiempo
en oficio de sus raras piedades-
seguiremos tu vuelo a los milagros
tu tremolar adentro de los ojos

como si hubieras sido
-desde antes de nacer-
la promesa de un ángel
la disipación de una nube
el resplandor de un ala comida por el fuego.

Y ya no serás tregua ni mujer
ni adioses ni cansancio
sino apenas la cuerda melodiosa del agua
de una paloma con escamas
de un corazón que tira de la tierra.

Y de nuevo marcharás a los días
de llamarte Mercedes
a los sueños cantados
a la embriaguez de las tonadas rojas
a los veranos de la flor
del vino de las manos
que sólo nacerán
cuando te hayan bebido.

Campesinos

Los campesinos procrean a sus hijos
en sus lechos amargos, de tierra sobre tierra.
Así es que nacen y florecen como otro vegetal
como una espiga que se come a sí misma
y nunca puede comprender la redondez del mundo.

Más tarde ellos engendran a sus propios hijos
-tal vez porque ello sea una forma de respiración.
Todos repiten el camino de una estrella inmóvil
el declive del cuerpo hacia la sombra,
las distancias negadas.
Siempre vestidos de marrón
siempre muriendo jóvenes.

Hasta que un día el que nace es van Gogh
o aparecen ancianas venerables
que cargan sobre su propio cuerpo
cien años de soledad y un viento de palabras.

A veces también llueve (mansa
y copiosamente) sobre los campos yermos.
Y el agua elige los espacios
donde hubo algún amor
aunque ahora sólo haya sequedad
tubérculos de hueso

cruces que han echado raíz
y refugian en huecos de penumbra
su cansancio desnudo.

Esos días el agua desciende a lo más hondo.
Y los muertos lloran con sus lágrimas nuevas.

Cantan

Esta gente canta, piensa el extraviado
como si fuera un héroe mitológico
que ha llegado a la tierra
viniendo desde un mundo donde el bien
y el mal se desconocen.
Saben que se van a morir
y sin embargo cantan
construyen oboes y edificios
imaginan hechizos vuelos mágicos
estampas milagrosas
cuentos de hadas y de superhombres
y quitan la vista de las edades
y de los besos que se pudren.

Son ejércitos desamparados que caminan
hacia un único fin que es la derrota
y sin embargo cantan.

Arquean sus codos sobre el sufrimiento
discuten, pelean, se desangran,
se separan del ave y de la piedra
pero recrean las formas de volar
y levantan estatuas que presumen eternas.

Puestos como yo, piensa el perdido,
alineados frente a una derrota inevitable
los hombres aceptan

el único recurso que les deja consuelo.
Alejar los preludios
de su noche final.

Los libros, los bailes, los paseos
y acaso los infinitos juegos del amor.
Todo se hace para el olvido.

Ese día

Un día los guerreros, absortos
en la contemplación del acero,
dejan de luchar.
Los maestros aceptan los designios
de la fugacidad
y se olvidan de lo que iban a decir.
Los insomnes sueñan
que por fin son un pájaro
y las alas recuerdan su obligada liturgia.

Los amigos acuden
como si fueran a lavarse una culpa
pero se abstienen de mirar.
Solamente esparcen en la hierba
reflejos de otro tiempo
algunos hechos memorables
y una suma de palabras inútiles.

Después todos se marchan
golpeados y solemnes
con el gesto de cerrar un telón
cada uno con su propio consuelo.
Todo verdor se pulveriza.

Poemas para contar hasta catorce



Molinos de viento

Lo llamaron de mozo los caminos
a librarse de diablos y cerrojos
y así anduvo quijote sin enojos
con su lanza debajo de los trinos.

También puso sus aires peregrinos
en el guante que alzaba sus arrojos
separando la ley de los antojos
y del cuero la borra de los vinos.

De tanto batallar los imposibles
se le fueron metiendo por los ojos:
Ahora corre distancias invisibles
se remonta fugaz sobre los pinos
y nos cuenta (parado en sus despojos)
cuánta gloria le dieron los molinos.

Crece un rayo de cielo sobre el muro

Crece un rayo de cielo sobre el muro
que circunda mi verbo prisionero.
Crece y tiende su manto justiciero
sobre el pulso de mi amor maduro.

Pero después se marcha y queda oscuro
ese patio cuadrado donde espero
sus besos abismales y el esmero
con que aleja sus pasos de mi apuro.

Sólo deja en mi piel su pecho duro
y una rosa que juega su cadencia
sobre las culpas de mi tallo impuro.

Lo demás son cenizas y desiertos.
Quemadura del ave de su ausencia
con los fuego de mis ojos abiertos.



Poemas para dar gracias

El burro de César

Fue domingo seguro que nublado
en las claras orejas de su burro
cuatro patas en busca de un susurro
bajo el sol de París un viernes santo.

Desde el día en que Dios estuvo enfermo
-y la madre de Chuco no era vieja-
fue llevando de guampa entre las cejas
como añejo dolor su heraldo negro.

Hijo manso del Ande, sin embargo,
supo dejar su huella en el camino:
buscadora de soles clandestinos,
con el pelo de luto y siempre largo.

Llevó sobre sus años para el frío
una alforja de luz y dos de arena,
y otra más cargada por las penas
que pisaba su noche como abrigo.

Nunca vio los bozales avenados
ni la curva madera de los besos
pero supo jugarse por los sesos.
¡Lacia tos de los húmeros peinados!


Barbas de hierba

Yo te veo Walt Whitman rezumando
los puños de madera de tu casa cantora
los misales herejes
la encina que guardaba los pájaros isleños.

Y te cuento los años escamados
me abro paso dorsal subo del agua
soy como ayer labriego
vagabundo
diplomado cerril
lengua boscosa
marinero sin mar:
sólo las ondas de tu mirada azul
tu remo alado.

Walt Whitman voz de proas
timonel de los búfalos
horizonte guardado entre las rocas:
Por tu voz supe lo que no sabía
que lo bueno y lo bello
se cantan a sí mismos
que si uno se absuelve
vale tanto como la absolución
de los dioses
que los odios no nacen con los partos
que las almas no doblan las rodillas
que lo cierto no es cierto para siempre.

Por eso es que tu barba crece lejos
de los puertos cerrados
de las caras vacías
de los perfiles de la vanidad
que consumen por ley
sólo consumen
mientras tus hijos cantan
todas las horas cantan
todos los gallos cantan
a los poemas que nacen de tu hierba.



Poemas para meritocráticos

Ayer nacieron dos niños

Ayer nacieron dos niños
hijos del mismo verano
los dos abiertos a un sueño
los dos con llanto guardado.

Pero de aquí en adelante
los ángeles de sus manos
irán abriendo distinto
lo que parece cerrado.

Cuando uno llegue a su casa
tendrá un verdor esperando
una canasta de flores
un mecedor perfumado.
Al otro lo aguardarán
algunos perros atados
una frazada ceniza
una gallina sin gallo.

Uno tendrá ropa nueva
y un ángel a cada lado.
Leche materna dispuesta
juguetes desorbitados.
El otro será un olvido
pisando sobre pisado
un bebedor de la noche
un caballito cegado.

Uno tendrá su capullo
su ducha su abecedario
el otro sólo un desdén
por cada nombre fallado.

Uno será militar
será diestro funcionario
será capitán de puertos
será letrado de bancos.

El otro será un hambriento
de fugas y de salarios
una salva de cartón
un tirador de los carros.


Uno será de la ley
será creyente esmerado
amigo de los que tienen
su regocijo blindado.

El otro no habrá de creer
ni lo que digan su manos
será un sospechoso eterno
con cuerpo y alma tatuados.

El uno sabrá la historia
de lunas y acantilados
Sabrá de mar de pinares
de vinos y de tabaco.

El otro sólo sabrá
las puertas que le han cerrado.
Y cuánto duele un amor
sobre la escarcha y el barro.

Los siglos se van diciendo
historias que no han variado
por uno que guarda Dios
se mueren cien olvidados.



Poemas para negar ausencias

Las higueras

Voces lejanas
desde un tiempo que apenas entrevemos
recuerdan Las Higueras: Oh selva se lamentan
devoradora de los altos sueños
media lumbre de amores desmedidos
responso de una breva
demasiado temprana.

Bajan desde cumbres seguras y apacibles
por las finas estrías que deja el horizonte
cuando se pone azul
y va perdiendo sus oráculos de agua
su lenta alfarería su cordaje de asombros.

Vienen desde figuras cautas
y profetas ociosos y máscaras brillantes
que proyectan sus frases condolidas
mientras duermen al sol -a un costado
de las ubres exhaustas
las cáscaras de nuez
la sal y los poemas que una vez heredaron.

En cambio
para quienes seguimos en la selva
bajo la mordedura de la cobra
y los anuncios del fin del mundo
Las Higueras fue un tiro al corazón
un tremolar de largos epitafios.

Allá quedaron
-en el festín de los verdugos-
las voces enterradas
la consabida muerte
los pellejos de mineral y escarcha
la raíz umbrosa de los cuerpos.

Perduran mientras tanto
las horas encalladas
la brújula que mide la tasa de ganancia
la gran efigie del dolor
las mismas preguntas de hace tanto
y el futuro que siempre se dispara.

Pero aun así los labios no dejan de temblar.
Y una ciega esperanza una barba mojada
una estrella de cinco humanidades
cada noche
flamean.

Paco Urondo se aprieta el corazón y piensa

Alrededor mío
una ciudad que cuelga de los cerros.
Una ciudad que tiembla
si le cuento las veces que no pude morir
las veces que logré salvarme
dejando tres deseos
en su fuente de vinos pedregosos.

Alrededor mío
los mercenarios tiesos
viniendo de sus codos y sus bocas de fuego.
Una grilla de centauros cebados
que nos buscan
entre los pliegues de la noche
las últimas horas del otoño
la sangre fatigada de las madres.

Alrededor mío las alturas
caídas debajo de la sed
la sombra de un cóndor de metal
los últimos abrazos
los que recién acaban de nacer y ya caminan
con sus pasos de gato
hacia la cara de las pesadillas.

Alrededor mío los guardianes del agua
los profanadores de la noche
los que vinieron a saciarse de mí
y no escucharon una sola palabra

los que mañana sorberán su brebaje
de alcoholes y veneno.

Alrededor mío los que van a decir
que fuimos extinguidos
mientras lamen una triste moneda
y más tarde caminan
con sus carros vacíos
entre las góndolas devoradoras.

Alrededor mío los monstruos invisibles
lo que deciden esto sí esto no
y esos niños a dejar que mueran sus dibujos
sobre panes de hielo
a dormir sobre cebollas negras
a iniciar su trabajo de «angelitos de Dios».

Alrededor mío lo que aún falta decir
la inocencia cayendo
sin voz
inadvertida
en las turbias acequias.

Será millones

¿Qué son siete años
nada más que siete años
en la vida de un pueblo
en sus mudanzas?
¿Qué son siete años de un hombre entre los días
de reflejos de luna que se pierden
de tormentas de un mar sobre los mares?

Siete años. Apenas un espacio invisible
una cifra que no tiene peso
que disipa el origen de sitios y distancias.
Pero a veces...
a veces una línea que sugiere una forma
una voz creciendo desde un cero
un soñador que apenas piensa el agua
y ya muestra en sus ojos
dos capullos mojados.

Así ocurren las horas del milagro.

A su paso no hubo plan ni tumulto.
No hubo quien lo esperase.
No se sabe si llegó del sur o de la noche.
Si lo trajo un ángel proletario.
Si anduvo dando tumbos
sobre un témpano en llamas.

Era verlo pasar y que se hundiera
la hojarasca de las crispaciones.

Nada más la veían los heraldos negros
los viejos asesinos los profetas del odio
repitiendo su miedo ante las bocas
que una vez apagaron y ahora estaban
como un grito de pie como cien gritos
agitando el fuego y la memoria.

Pero cada mañana guarda nombres
para un azar oscuro y misterioso
que se lleva de a poco lo que ha sido.
Se lleva centinelas pasiones monumentos
luminarias violines madre selvas
se lleva todo. Se lleva la bondad.

Por eso un día dejó un cuerpo
ataviado con flores y palabras
en otro instante de la luz
a la sombra de una vieja bandera.
Y una voz de metal fue sosteniendo
con la fuerza de un sueño renacido
la pena sin doblez... la pena joven.

Era octubre y golpeaba
sobre los rostros incontables
sobre la fragilidad de la muerte
una lluvia de adioses.

Poemas con galopes



El poder de la desobediencia

En los hombres hay algo
que les viene de Adán
una comezón entre los pliegues del estómago
una curiosidad irrefrenable.

Hubiera sido lindo pero no
prefirieron seguir a una serpiente
resignar la molicie
sudar la gota gorda
arrimarse los unos a las otras
reproducirse como alucinados.

Asumieron de a poco que las aguas
escondían propiedades mágicas
que un fuego liberaba
cien aullidos de júbilo
que las piedras se podían encimar
cada una sobre la otra
hasta fundar una memoria.

Por eso fueron reprimidos
se pudrieron en cárceles
visitaron las hogueras didácticas.

Pero no hubo caso
siguieron reclamando poderes indebidos
y celebraron cada nuevo hallazgo
con palpitaciones de asombro
con dolida voracidad.

A su tiempo fueron comprobando
que las enfermedades
se curaban mejor
con medicinas que con rezos
y que una punción con bisturí
era más efectiva que la friega de un santo.
Así alumbraron terribles herejías
repetían que la sangre surcaba por las venas
como una florescencia voluptuosa.
O que detrás del gran océano
había campos tendidos al galope
de caballos armados.

Cosas veredes, Sancho,
dijo un hidalgo moribundo
mientras una rueda olía los vapores futuros
y los conjurados contra la quietud
desafiaban un cielo de tormentas
corrían los rayos del apocalipsis
soñaban en días venideros volar como los pájaros.

¿Y ahora qué, Sancho,
por dónde cabalgan los caballos cegados?

Equa

(La nobleza y la fuerza de una centuria de caballos)

Arre mujer
turbadora del sueño
fragor dispuesto en la batalla
que ninguno esperaba.

Arre pasión
que una estrella plateada
se ha dormido en tu frente
y su luz estremece
los aullidos del odio.

Arre saber
que hay mañanas inversas
(no tan oscuras
ni tan deshabitadas)
que de a poco navegan
como un azul invicto
en el espejo de las muchedumbres.


Arre tizón
que las fieras se alejan
de tanta claridad
del suelo que atraviesa tu galope profundo.

Arre fulgor
que hay un río de cuerpos laboriosos
y de madres sin culpa

y de niños sin miedo
que han lavado sus ojos
en el refugio de tu soledad.

Arre canción
que tu figura ecuestre
tus miradas de cielo y de maíz
ya descubrieron
la rosa de los tiempos
los fulgores de América.

Arre nomás
que ya se abrió la noche
Y en medio de los vientos
y la hierba mala
refulge tu camino.



Poemas para volver a sitios imposibles

Macondo

Antes de recorrer Macondo
recorre la palma de tu mano y quita los anillos
y humedece tu piel inexplorada
con un poco de leche (de leche de tu madre
si aún la guardas en alguna pupila)
o un poco de tu propia sangre
si ya has perdido la memoria de todo.

No esperes encontrar nada de lo que buscas.
Ya se habrán ido los vestidos de encaje
la feria de soldados los paraguas de seda
los pescaditos de oro y los siete metales planetarios.
No habrá un solo Buendía ni un consejo de guerra
ni un cadáver de mula ni la luz desteñida
de alguna mariposa disecada.
Se habrán ido los que nunca murieron
los que siguen llegando
los que volaron con los pájaros a su bosque de lluvias
y no saben que existes y no saben
(todavía no saben)
que las plumas mojadas y cien años de viento
han borrado la sombra de todos los fantasmas.

Pero tú eres el centro de la resistencia.
El centro de lo que se mueve o se dilata
sobre una franja solitaria.
El centro de tus apariciones.

La yema natural del polvo y de la espiga
del agua y de Macondo.

No hace falta que busques
otro mundo más lejos.
Macondo es el hueco de tu mano desnuda.

Tajamar

Las palabras se fueron colocando
arriba de las mesas
en la piel de los cuadros
en el borde incitante de las copas.

Después cayeron hacia atrás
se juntaron con otras que ya habían andado
entre el cielo y la tierra
distancias infinitas.

En un momento se hizo imposible distinguir
el polvo del aire
el vino del agua
lo que fue dicho hace doscientos años
de lo que decíamos ayer.

Entonces todo se volvió tajamar
una lenta carrera hacia otros días
sobre un cauce de amores insaciables.

Comala

En las grandes ciudades la muerte suele perderse entre las distracciones. Sus pasos se disipan, y el riesgo parece repartirse entre los cuerpos que desbordan las plazas, bloquean el tránsito, avanzan como masa viscosa sobre las luces amarillas. Sin embargo hay lugares trazados en otra dimensión, donde los muertos persisten con su costumbre de hablar y enamorarse. Y si no, está Comala, ese cuadro exquisito donde cada morada es un breve cementerio animado, un milagro de ausencias que repiten la simulación de la vida como una sombra de verdad, donde todos los gestos y palabras que formaron historias regresan y se juntan, una y otra vez, hasta vencer los miedos. Ni siquiera su dueño, en cuyo entorno se movían los vientos, el páramo, y las habladurías de los vivos y de los muertos, mantenía su dura majestad. Las voces le llegaban como los hijos o los caballos, sólo para saludar y despedirse. De a poco fue vencido por la soledad. Y mientras él se desmoronaba, como un barro seco y agrietado, las voces de arriba y las de abajo de la tierra seguían habitando la cavidades sin luz, y no dejaban de llenar los vacíos más insoportables.

Así nos liberaron de un pesado trabajo.

Florenxia (la de ayer)

Así como caen las mangas de langostas
sobre la siembra floreciente
así caen los turistas
en las ciudades indefensas.

Las cubren de pasos apurados
de basuras, de voces que le infiltran
idiomas diferentes, es decir,
una carga de ruidos disonantes
que castigan el tiempo.
Entre todos le ayudan a olvidar
por el precio de algunas baratijas
la presencia de sus nombre ilustres.

Sólo unos pocos visitantes
se aproximan a la verdad.
Sólo en la alta noche, cuando
las turbas se han disuelto
y las casas recuperan su gente
y la gente sus casas
la ciudad proyecta en el silencio
sus antiguos secretos.

Y aquellos visitantes nocturnos
(sinuosos como saltos de gato)
se guardan los hilos de luna
el agua mansa de los canales
las campanadas de un reloj
la silueta de luz de los faroles

la curva de una rama doblada por los pájaros
el canto sin tiempo de todas las cigarras
y construyen una ciudad distinta,
la que sólo existe para ellos.

Poemas para saltar abismos



Esos seres oscuros

«En verdad, estáis muertos.

Qué extraña manera de estarse muertos»

César Vallejo

Nunca oyeron el sonido
de sus palabras.
Por eso despedazan
los ecos del silencio.
Nunca tuvieron hambre de saber nada.
Nunca se saciaron con ninguna respuesta.
Nunca fueron la causa
ni la palpitación de un fuego
ni la medida de un amor
ni el centro de un crepúsculo
ni el paso de un proyecto.

Por eso viven asombrados
de todo lo que se compra
de todo lo que reluce
de todo lo que no necesita probarse
y se juntan
se mezclan
se confunden
con los que nunca tuvieron
necesidad de perdonarse nada.

¿Todos juntos?

Los que traman los juegos la guerra
y los simples humanos
todos juntos.

Los que orinan las nubes de su Olimpo
y los que reciben la lluvia
todos juntos.

Los hartos de comer
y los que son comidos
todos juntos.

Los que trafican con las armas
y los que reciben el fuego y las esquirlas
todos juntos.

Los que juegan con las cartas marcadas
y los llamados a perder
todos juntos.

Los que imponen sus mandamientos
y los forzados a rezar
todos juntos.

Los que incendian los libros
y los que leen de las cenizas
todos juntos.

Los que hacen sufrir
y los que sufren
todos juntos.

Los que tienen la voz fuerte
y los que tienen sus oídos rotos
todos juntos.

Los hombres golpeadores
y las mujeres golpeadas
todos juntos.

Los que guardan el agua
y los que mueren de sed
todos juntos.

Los que dicen lústrame las botas
y los que dicen sí señor
todos juntos.

Los que andan en un carro
y los que tiran del carro
todos juntos.

El jinete de la dura espuela
y los caballos espoleados
todos juntos.

Y así hasta el infinito
todos juntos
fatigando un poema que no tiene final

porque algo falla.

Horas de olvido

Cada partida tiene su dolor cada logro su olvido.

Ayer unos rondaban su montaña (pequeña como una calesita) con una bicicleta de la Segunda Guerra. Otros lo hacían en dos ruedas con un viejo motor otros en autos comidos por la niebla.

Después pasaron cosas. Volvieron a girar unas puertas de chapa cubiertas por el óxido. Los oficios perdidos se pusieron otra vez en la mesa como los guardapolvos y los granos de azúcar.

Volvió la musa de la siembra y volvió la luz de las escuelas de los talleres de los campos a los ojos nuevamente limpios.

Los aviones volvieron a tener alas, los surtidores leche fresca los televisores una tribuna que miraba la cancha. Y cada quien su sonajero limpio su vacuna su lugar de verse con los otros de tirar su egoísmo en los huecos de la falsa bondad.


Volvieron los científicos a no lavar los platos a la biología molecular a la pupila gris de los satélites al aliento amarillo de los trenes que corren como un galope de almas sobre metales vivos. Un carnaval de asombros después de un largo sueño.

Pero en la media tarde regresó el olvido. Y unos cuantos viajeros quieren volver a viejos tiempos cuando el robo era un derecho de los bancos el libro de las aulas era un plato de sopa y la pobreza un cepo dispuesto para siempre.

Ay, estos viajeros extrañamente vivos mirando otro país
quieren la bicicleta de la Segunda Guerra.

Parecen enfermos por una enfermedad que filtra colibríes
y después enloquece se degüella los ojos
reverencia la lengua de los asnos.

(Setiembre, 2015)



Poemas para empezar de nuevo

Canción de la cosecha magra

Ven, sigue paseando tu voz
en los adioses, de nuez y de vainilla,
que una vez tejimos como arañas heladas.
Sigue paseando tus cabellos
sobre estas manos que adivinan, entre grietas
y humedades del aire, lo bello de las cosas.

Hoy he vendido dos mil racimos de uvas
y puedo convidarte mi café, molido
en una tierra con pisadas de mármol
y de flores que olvidan, por un día, su tristeza profunda.

Ven, que todavía alguien le ofrece a las palomas
pedacitos de pan y le pone pañuelos debajo de sus patas.

Ven que coseché diez cajas de ciruelas rojas
y puedo comprar para que reines
las cuatro estaciones de Vivaldi o una polonesa de Chopin.
Y puedo ver si tus labios me sangran o se pliegan
como un asalto reprimido. Y puedo ver
si mueren o me aguardan con la luz del otoño.

Ven que ya no puedo andar sobre los vientres secos
ni pararme otra vez sobre la huella
de las destrucciones y de los ojos que temblaron
bajo vientos de sal, antes de verlas renacer,
flameando en la ebriedad marina,
cubriendo lo destruido con albores de canto.

Ven que los ciegos nos envidian
los encadenados a los muros de piedra nos envidian
y yo he cambiado cien corazones de alcauciles
por una copia de una copia de van Gogh
y podemos llegar a la casa que hicimos y miramos arder
antes de la hora en que los soles caigan y se desintegren
y nos cubran con su hollín y su misericordia.

Ven y busquemos a esos viejos que aún se resisten a morir
y cambian coliflores y carretones de guano
por un libro de cosmogonías y una foto de mujeres desnudas.

Ven que hay casas que no son de cenizas
y tormentas que no son de fuego
y aires que no sienten la necesidad de purificarse. Ven,
no te avergüences de la esperanza que has guardado
debajo de tu sábana y que te sueña cuando duermes.

Ven que no se pierde lo que nunca se tuvo
y una vez en un siglo llega el viento
de los muros derruidos, del corazón que se
dilata hasta no ver mi sangre ni tus labios,
y todo estalla, en la ingravidez de la noche,
con la furia de cincuenta volcanes.

Ven que un lomo lustroso de caballo
puede dejar que le acaricies su libertad perdida.

Ven que vuelvo de centavos de látigo.
Y he paleado arena y he molido ladrillos
y he bebido veinticinco horas mi jugo de maíz

para comprar estos zapatos
que no resistirán más que dos lluvias.
Y una empieza a caer, está cayendo de tus alas de nube.

Ven y mírate en mí
que los hombres siguen haciendo niños
y la tierra está llena de sobrevivientes.

Ven que los gallos se han quedado mudos
pero escuchan lo mismo que nosotros los galopes nocturnos.

Ven y miremos como suelta la historia, entre metales
escondidos y fulgores que no pueden callarse,
su aroma de jazmines, sus labriegos invictos.

Ven y soñemos con mis ojos tuyos.
Miremos la ceguera que baila sobre el trono
de los imperios empantanados y baila
en las fronteras de papel, las burbujas de Hollywood,
los genocidas replegados, las lealtades perdidas,
los agrios mercaderes que han venido azotando
la preñez y la fruta y batallan, ahora, por su moneda sucia,
los cruzados que se prestan la ley y la dirigen,
como una tabla inapelable, hasta el lugar
donde los hombres ya no son necesarios.

Ven y miremos cómo cambian sus máscaras.
Después hagamos nuestra voluntad

2 de abril

Aquí en el sur del mundo
un imperio blindado
extiende sus metales,
navega en los naufragios.

Pero arden bajo el cielo
los cuerpos inocentes.
Se trepan a una luna
de besos y crecientes.

Por eso tantas nubes
de polvo enamorado
se levantan del agua
diciendo ¿qué ha pasado?

Y una extensa marea
de azules arponeros
sube y deja en las islas
su memoria de fuego.


Como la Maga

Lo mismo que en Rayuela, ¿viste?
Olivera salía caminando hacia el norte
y la Maga salía rumbo al sur
hacían giros sin órbita
subían y bajaban las calles de París
-hendidias tan interminables como la lluvia-
y al final se encontraban en cualquier esquina

o sino ella estaba por tirarse al Sena
desde una cornisa del Pont-neuf
y aparecía yo para tomarla de sus alas
y volverme tan pluma
como nunca
como nacer de nuevo entre sus manos

o bien el que estaba por suicidarme era yo
y vos como la Maga volvías de la noche
sin ninguna palabra

nada más a quitarme la navaja sucia.



Poemas para las ansias de ser feliz

«No hay más felicidad que la que puede comprenderse»

Maurice Maeterlinck

La felicidad

Huye como gacela virginal
del acecho del número
para hundirse en la fronda
de lugares inhóspitos.

Aún mirada como la pieza de una cacería
o una muela escondida bajo láminas de oro
siempre sugiere una esperanza.
Sin embargo se debate perpleja
frente al apremio de la exactitud.
Ahora es producida sin errores posibles
la pintan y la eyectan
en los sitios que la ciencia guarece
de cualquier dolor y las esconde
de los incrédulos tenaces.

En un tiempo de cápsulas alegres
filamentos de polvo
talismanes contra la soledad
se dibujan respuestas infinitas.

La religión ha reducido las exigencias de la virtud
la psicología ha impuesto el confesionario científico
la industria editorial los libros de autoayuda
la medicina el cirujano plástico.

Pero no hay grandeza en el acierto
las flechas retroceden frente al blanco cerrado
y el instinto no deja de temblar.

El engaño es pensar seré feliz
siguiendo un solo mandamiento.
Luego del grito vienen edades numerosas.
Antes de hacer imitaciones
cada hombre debiera decidir
cual es la felicidad que le sirve.

Quien se sienta feliz corriendo una pelota que la corra.
Quien se sienta feliz leyendo un libro que lo lea.
Quien se sienta feliz subiendo una montaña
que sostenga su mochila y sus botas.

Pero eso no sería felicidad sino satisfacción
transcurren las horas y se olvida.
La felicidad es otro movimiento
un estado del alma
un pez de lagos interiores
que sale por los ojos a navegar el mundo.
Un acuerdo esencial donde se anudan
el pensamiento y la transpiración.
No es lo lindo, es todo.
También la tristeza cuando alumbra.
También el dolor cuando retempla.
La felicidad se mide con espejos alados.
Habita en uno y su placer es ocultarse.
Pero una vez hallada es fiel,
nunca se pierde.

Hay otra eternidad

Hay otra eternidad
que no la dice el tiempo
cada vez que se burla
de nuestros pasos

no se ve horizontal
sino posible no se mide
en su alcance sino en su vibración

no se trata de estar
siglo tras siglo
con la misma boca
mordiéndolo los diluvios
el mismo pelo temeroso
todos leyendo un libro
que nunca se termina

la eternidad es adentro
la de quienes beben
pero todos los vinos
la de quien sueña
pero todos los sueños
la de quien ama y vive cada amor
como si fuera el último.

Poemas para cantar



Jardinera del valle

A Jorge Marziali, que le puso música y la cantó, para mí solo, en Chacras de Coria, un 25 de diciembre, a las 9 de la mañana.

Frente al espejo del alba
la noche guarda su Cruz
y a Clementina la llevan
los vientos que suelta el sur.

Anda vistiendo las calles
con su pregón de claveles.
Cuando habla no lo confiesa
pero los años le duelen.

*Ay, jardinera del valle,
Aliento gris de la siembra:
¡De los perfumes que diste
ya casi nadie se acuerda!*

Cuando la tarde sacude
las arañas de la tierra
la Clementina se vuelve
en carretelas de niebla.

Apenas le quedan fuerzas
para cargar otro invierno:

Como a los campos sin flores
la va tapando el silencio.

*Ay, jardinera del valle,
aliento gris de la siembra:
¡ De los perfumes que diste
ya casi nadie se acuerda!*

Bendición de los frutos

Las flores que un duraznero
carga en sus ramas oscuras
se encrespan cuando una moza
quiebra, al pasar, la cintura.

*Novia del duraznero, qué mala suerte
Novia del duraznero, no poder verte.*

La noche lleva un anillo
con un engarce de brevas.
Cada noviembre lo esconde
en el ojal de la higuera.

*Si las brevas maduran, una mirada
Si las brevas maduran, no digas nada.*

Hay damasqueros que sueñan
cuando el ramaje se calla
Y cada fruta se enreda
con un carozo en el habla.

*Niña de los damascos, sombra en el río.
Niña de los damascos, vuelve al camino.*

Los pájaros que desbordan
la copa de los ciruelos
se juntan pluma con pluma
cuando llovizna en los cerros.

*Pájaros del ciruelo, si tienen frío
Pájaros del ciruelo, cubran su nido.*

Un ángel vive a la sombra
de cerezos y de olivos.
Para burlarse del viento
les quita el polvo con vino.

*La luna mira tus ojos, aceitunera.
La luna mira tus ojos, y se marea.*

Lo mismo hay peras del agua
como membrillos del Zonda.
Nunca se sabe de qué árbol
habrán de bajar las coplas.

*Cuando las bailan las cuerdas, de una guitarra
Cuando bailan las cuerdas, tiemblan las jarras.*

Hay una cesta que ofrece
tajos de miel y tibiezas
Hay otra donde se esconden
los restos de la pobreza.

*Las dos cargan razones, para la vida
Las dos cargan razones, una se olvida.*



Poemas para rever la metafísica

Almas

I

La busqué con tiempo sin tiempo
varias noches con luna sin luna
dormido despierto vestido sin vestir
con hambre sin hambre muchas veces
atado desatado
pero no pudo no pudiste no pude
fue un fracaso completo no pudimos
tan escondida está que ni uno solo nunca
ni una vez
igual que una tibieza tibia
un locura loca incomprensible
un rugido silencioso y vacío.

Nunca pude encontrarla
no tiene forma carece de peso de sustancia
no la toman los rayos X ni el carbono 14
no es como el cuello los brazos la cabeza
ni como el hígado o las venas
que no pueden tocarse
pero se muestran cada tanto
con sus lecciones dolorosas
o sino el corazón que nos sacude
con sus latidos regulares y fieles.

En ningún sitio el alma
no sé donde se mueve donde sueña
no entiendo que sea un eje diferente de mí

que tenga el atributo de una sombra invisible
capaz de perpetuarse más allá de la vida.

¿Y qué habría de pasar después,
en ese tiempo azul en ese territorio inagotable?

¿Con qué voz hablaría
con qué forma tendría que mostrarse
para indicar su origen
entre millones de almas sin identidad?

Sin una lengua para nombrarse
sin cabellos para ondear en el viento...

¿O ya no habría viento?

Sin ojos para guardar el agua

¿O ya no habría agua?

sin una mano para escribir caricias

¿O ya no habría caricias?

Sin una garganta sin un salto de semen

sin una sola cicatriz...

En fin mi pensamiento se desvela

hace todo el esfuerzo

despliega su inocencia infinita

pero no hay modo no le advierte sentido

hay una razón endemoniada que resiste

que mira hacia adelante y se despeña

hacia abismos sin palabra y sin tiempo.

Sólo me importa que no se calle el corazón.

II

Pero se calla. El corazón se calla.
Cuando eso llega
¿qué importan invenciones
de círculos inciertos sobre oleadas eternas?
¿qué importa el sitio donde moran
unos huesos oscuros reducidos a la degradación?
¿qué le agrega a una vida dos placas amarillas
una caja de cedro
una estatua de bronce un recinto de mármol?

Después de los naufragios sólo flotan
eslabones de plástico y pedazos de madera corrupta
fuera de eso nada más que la curva del cielo
uno que otro pájaro algún trino piadoso
ciertas alas de vuelo indiferente.

No hay almas que sigan trabajando
que digan lo que no dijimos
que descubran historias olvidadas
que saluden a una raza de ausentes
que se enamoren por nosotros
que nos eviten el dolor
de haber causado demasiada tristeza.

Más tarde los recuerdos serán quebrados por el sol
lo único viviente será alguna sospecha
el ruido que hicieron las manos que agitaron los vientos
que molieron poblados y montañas.

Recién entonces habrá un alma
porque ninguna es lo que viene
sino lo que pasó. El alma es lo que hicimos.

No existe el ser sin nombre

No existe el ser sin nombre
el despojado entero que camina en la nada
que carece de pan de pulso
de un hogar matemático
de una cuerda salvaje

Uno que olvide la experiencia concreta
las armas en vigilia
la voz de los timbales los bronces las maderas
de la memoria en llamas
de todos los sonidos que nos ven y nos tocan

Como decir esta lluvia no moja
ese perro no ladra
los mosquitos no pican
la fiebre no voltea
las mesas libres de todo mal
y limpias de toda sangre.

Mejor matemos a platón
y vivamos con seres encarnados.

El ser-iluminado que nombra las estrellas
mucho antes de su destrucción
el ser-joven que se tiende a la espera
de vivir para siempre
el ser-viejo que ignora los naufragios
aunque anide debajo de crespones de musgo
el ser-mago que descrea de la magia

pero vive con ella
el ser-lobo que desgarrar el vientre
de la humanidad y se guarda
en la burbuja de los poderosos
el ser-barco que flota sobre mares de sal
el ser-hueso que absorbe
la degradación de la carne
el ser-ciego que alumbrar lo interior de la noche
el ser-mudo que muerde las palabras del fuego
el ser-enamorado que fatiga los brazos
y se muere de sombra
el ser-hambre que roe a trago lento
su platillo desnudo
el ser-madre que acuna los asombros
de la vejez recién nacida
el ser-sangre que baña la carrera
de cardúmenes ciegos
el ser-gota que rueda y deja marcas
sobre los párpados vacíos
el ser-boca que besa rosarios de silencio
el ser-árbol que vierte la mitad de su copa
el ser-blanco que nieva sobre espaldas macizas
el ser-agua que baja
entre millones de piedras y nervios y aleluyas
desde las cumbres en disolución
el ser-viento que anuda la cola de los pájaros
el ser-rostro que acepta la impiedad de los años
el ser-bueno que tiembla y languidece
en la horca de su candor
el ser-sabio que duerme arrepentido
por el peso de sus invenciones

el ser-gato que viaja sobre andamios de música
el ser-solo que duerme como un sapo vencido
debajo de los puentes
el ser-triste que bebe los aromas
de su propia tristeza
el ser-lengua que llena con saliva
la huella de los muertos
el ser-poeta que guarda en su bolsillo
los ojos de rimbaud

el ser-mío que se pierde en tu mapa de cielo
se abraza a las piernas de tu ser-mi vida
y se suma con todos los hombres
y todas las mujeres y todos amores
que caminan el mundo.



Poemas para pensar en cuarentena

La máscara de la muerte roja

Basado en un cuento de Edgar A. Poe

Afuera del castillo,
uncidos por el yugo de los grandes pendones,
la raza de labriegos
va moliendo su tallo de trigo desolado.

Pero el dolor abona más dolores.
¿Qué será entonces de tu pradera seca,
huevo de náusea de la tierra,
cabalgadura de lombriz,
dios opaco de los hombres sin honra?

Yo lo presiento:
aunque guardes tu miedo
entre murallas
y vibres como un látigo
sobre espaldas serviles
y despliegue (al paso
de la muerte) tus heces de locura,
el pueblo que silencias
te encontrará para decirte

Soy tu misma materia
bebo y respiro como tú
me reproduzco como tú
camino como tú
y mi peste también te pertenece.

El corona y después

Al fin después de todo
de tantos siglos desangrados
de tanta prueba fatigosa
de tantas oraciones sin ángel
de tanto ser pisados por nuestras leyes
y de zarpear las horas
como tigres perdidos
en los escombros del dolor...

Después de tanta presunción
de tanta omnipotencia
de tanto orar el oro
y apedrear la piedra
y culpar la culpa
y apenar la pena
y guardar el alma bajo siete llaves
volvimos al principio
y apenas nos cabe lo que fuimos
una pura nostalgia.

Esa nostalgia de las mariposas
de la mano con mano
de las tormentas que se marchitaban
y volvían al ojo
como una flor recién nacida
o un cuadro sin misterios.

Esa nostalgia de la tierra mojada
y el arrullo insomne
esa voz de madre o de pastora
de padre o de martillo
de preludios lejanos
sobre noches de insomnio.

Esa nostalgia de lo bello
porque fue fugaz
y lo escondimos para nunca.

Esa nostalgia de mañana
donde la selva siga siendo selva
y el amor amores
y cada hombre una mujer
y los dos un milagro
que se anida en los otros.

Esa nostalgia hoy se pone redonda
y navega mirando el horizonte
como si fuera el cero de otro mundo.

Será Otro mundo o Nada.

POEMAS PARA MIRAR A UNA MUJER

- 10 **La boca**
- 12 **Las piernas**
- 14 **El cuello**
- 15 **Los senos**

POEMAS PARA DÍAS NUBLADOS

- 18 **Origen del diluvio**
- 19 **Las olas**
- 20 **Las horas de la tarde**

POEMA PARA UNA CASA QUE SE AGRANDA

- 23 **Verlos partir**

POEMAS PARA ENCENDER EL FUEGO

- 27 **Hijo de Baco**
- 29 **Fila de copas y mujer**
- 30 **Los relámpagos ebrios**

POEMAS PARA CONFESIONES DE AMOR

- 32 **Declaración de amor a una serpiente**
- 33 **La flecha**
- 34 **Cabo Frío**

POEMAS PARA EXPLICAR MITOS

- 36 **El gato negro**
- 38 **Superman**

POEMAS PARA VER AL DIABLO

- 42 **Pecado original**
- 43 **Castigo sin juicio**
- 46 **Alarma entre los ángeles**

POEMAS PARA NO ESTAR SOLOS

- 49 **El ciervo**
- 50 **Pájaros interminables**
- 52 **Cabecitas negras**

POEMAS PARA MOMENTOS DE MELANCOLÍA

- 59 **Volver**
- 61 **No era fácil hablarle en Navidad**
- 62 **Ella y él**

POEMAS PARA ESPESAR LOS AÑOS

- 64 **Era verde tu sombra**
- 65 **Y yo que pensaba que el amor era aquello**
- 67 **Haiku**

POEMAS PARA SOLTAR AMARRAS

- 69 **Definición de la utopía**
- 70 **La revolución es una llama verde**

POEMAS PARA VIVIR LA MUERTE

- 73 **Trémolo de cenizas**
- 75 **Campeños**
- 77 **Cantan**
- 79 **Ese día**

POEMAS PARA CONTAR HASTA CATORCE

- 81 **Molinos de viento**
- 82 **Crece un rayo de cielo sobre el muro**

POEMAS PARA DAR GRACIAS

- 84 **El burro de César**
- 85 **Barbas de hierba**

POEMAS PARA MERITOCRÁTICOS

- 88 **Ayer nacieron dos niños**

POEMAS PARA NEGAR AUSENCIAS

- 92 **Las higueras**
- 94 **Paco Urondo se aprieta el corazón y piensa**
- 96 **Será millones**

POEMAS CON GALOPES

- 99 **El poder de la desobediencia**
- 101 **Equa**

POEMAS PARA VOLVER A SITIOS IMPOSIBLES

- 104 **Macondo**
- 106 **Tajamar**
- 107 **Comala**
- 108 **Florencia (la de ayer)**

POEMAS PARA SALTAR ABISMOS

- 111 **Esos seres oscuros**
- 112 **¿Todos juntos?**
- 115 **Horas de olvido**

POEMAS PARA EMPEZAR DE NUEVO

118 **Canción de la cosecha magra**

121 **2 de abril**

122 **Como la Maga**

POEMAS PARA LAS ANSIAS DE SER FELIZ

125 **La felicidad**

127 **Hay otra eternidad**

POEMAS PARA CANTAR

129 **Jardinera del valle**

131 **Bendición de los frutos**

POEMAS PARA REVER LA METAFÍSICA

134 **Almas**

138 **No existe el ser sin nombre**

POEMAS PARA PENSAR EN CUARENTENA

142 **La máscara de la muerte roja**

143 **El corona y después**